

La escucha del silencio



CORINA NIN¹

DOI: 10.36496/N142.A7

CORINA NIN / ORCID: 0009-0007-0150-4234

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: JUNIO DE 2026

RESUMEN

El texto propone abordar el desamparo desde una perspectiva psicoanalítica y sociocultural, retomando el concepto freudiano de *hilflosigkeit* como condición fundante del sujeto. Sostiene que cada época expresa el desamparo de modo singular, articulando lo subjetivo y lo social en una lógica de extimidad. A partir del análisis de discursos mediáticos y escenas contemporáneas, se plantea que la repetición de ciertos significantes —como la inseguridad— remite a un terror no simbolizado que reactiva lo siniestro y lo intolerable, favoreciendo mecanismos de exclusión y proyección. El trabajo introduce el problema del silencio, tanto como efecto del terror que paraliza y enmudece como posible operador ético y estructurante. Se distinguen dos formas: un silencio simbólico, ligado a la alternancia presencia/ausencia, que funda la estructuración psíquica, y un silencio primordial, asociado a la nada constitutiva del sujeto. En este marco, la voz, el grito y sus formas rudimentarias son pensados como llamados al Otro que, al ser escuchados, posibilitan la emergencia del lenguaje y del lazo social. Por medio de ejemplos clínicos, sociales y culturales, el texto reflexiona sobre el lugar del analista frente al sufrimiento contemporáneo, subra-

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
corinanin@gmail.com

yando la necesidad de no callar ante el horror. Se concluye que dar palabra al silencio implica reconocer el desamparo, habilitar su elaboración y promover una ética que articule lo singular con lo político, evitando la deshumanización del semejante y abriendo posibilidades de simbolización y responsabilidad ética.

DESCRIPTORES: DESAMPARO / VOZ / GRITO / TERROR / LAZO SOCIAL.

ABSTRACT

The paper approaches helplessness from a psychoanalytic and sociocultural perspective, drawing on Freud's concept of *Hilflosigkeit* as a foundational condition of subjectivity. It argues that each historical period expresses helplessness in a singular way, articulating the subjective and the social through a logic of «extimacy». Based on the analysis of media discourses and contemporary social scenes, it proposes that the repetition of certain signifiers—such as insecurity—points to an unsymbolized terror that reactivates the uncanny and the intolerable, fostering mechanisms of exclusion and projection. The paper introduces the problem of silence, both as an effect of terror that paralyzes and renders speech impossible and as a potential ethical and structuring operator. Two forms of silence are distinguished: symbolic silence, linked to the alternation of presence and absence that underlies psychic structuring, and primordial silence, associated with the constitutive nothingness of the subject. Within this framework, the voice, the cry, and their rudimentary forms are conceived as calls to the Other that, when heard, make possible the emergence of language and the social bond. Through clinical, social, and cultural examples, the paper reflects on the analyst's position in relation to contemporary suffering, emphasizing the need not to remain silent in the face of horror. It concludes that giving voice to silence entails

recognizing helplessness, enabling its elaboration, and promoting an ethics that articulates the singular and the political, thereby avoiding the dehumanization of others and opening possibilities for symbolization and ethical responsibility.

KEYWORDS: ABANDONMENT / VOICE / SCREAM / TERROR / SOCIAL BOND.

Pensando en algún material para la revista me encontré con este texto escrito para el Congreso de la APU, «Desamparo: Perspectivas psicoanalíticas y socioculturales», de 2018. Para mi sorpresa, el tema tiene tanta o más vigencia que cuando lo escribí, así que pensé en dejarlo como fue desarrollado y dejo a manos del lector los posibles enlaces y conexiones con el momento actual.

EL DESAMPARO: VERTIENTES QUE CONFLUYEN

El congreso propone pensar en el desamparo en su perspectiva psicoanalítica y sociocultural. El concepto precursor y fundante de *hilflosigkeit* de Freud (1950/1996) nos abre caminos para pensarlo. Cada época sobrelleva y pone de manifiesto la expresión de su desamparo con particularidades propias de su tiempo y contexto. Cada ser humano ha vivido en mayor o menor medida su propio desamparo, en particular por su carácter fundante. Pero cada *polis* toma ciertos rasgos de este para poner de manifiesto aquellos temores externos que hacen singular eco en cada sujeto.

En la escritura siguiente trataremos de darle unidad al planteo del congreso. Es decir, cuánto de lo que percibimos como sociedad toca aspectos subjetivos que incluyen y permiten conceptualizar el entrecruzamiento de lo social y lo singular, cinta de Moebius que enlaza y da cuerpo al concepto de *extimidad*; exterioridad íntima de Lacan (1988).

Tomándoles el pulso a las noticias más relevantes del momento, pensaremos en cómo podemos dar lugar a aquello que *aterra* y no se meta-boliza, situando al *silencio* como posible entrega ética del ejercicio propio del lazo social.

LA REPETICIÓN DE LA INFORMACIÓN

Conectados a cierto tipo de información que circula una y otra vez, repetitivamente en las noticias y comentarios de la gente, se podría decir que los uruguayos estamos *desamparados*, que nos encontramos *aterrados* por la *inseguridad*. Como plantea Lacan (2007), aterrado significa «abatido, caer por tierra». Su etimología incluye el terror (p. 35). El terror está vinculado con aquello que la estructura psíquica no puede tramitar, el pavor de lo desbordante que no se puede simbolizar, aspecto que también teoriza Bion (1962) como «terror sin nombre», desde concepciones diferentes pero con elementos comunes.

Retomando la punta de la madeja de la noticia mencionada, nos preguntamos: ¿de qué terror y de qué inseguridad estaremos hablando tan insistentemente? Su insistencia, su reiteración, nos permite pensarlo como aquello que no podemos gestionar, elaborar, dar lugar, en cuanto roza, hace eco, con el desamparo y lo siniestro. A su vez, nos lleva a considerar lo que Freud (1915/1978) planteaba: el niño incorpora lo que le da placer y expulsa, arroja fuera del yo, lo que genera displacer, sintiéndolo como algo hostil o ajeno (p. 131). Es un mecanismo primitivo presente en la exclusión y la intolerancia. En particular, nos detendremos a pensar en su posible consecuencia: el silencio. Nos preguntaremos cómo dar lugar a la palabra, a su circulación, para no dejar «caer por tierra», considerando un posible engarce ético-estructural. Freud (1915/1996) echa luz sobre este aspecto cuando dice: «Hemos manifestado la inequívoca tendencia a hacer a un lado a la muerte, a eliminarla de la vida. Hemos intentado *matarla con el silencio*» (p. 290).

Leo en el diario una noticia sobre mi barrio. El alcalde escribe que aumentaron los indigentes y que, entre el bien personal y el de la comunidad, resguardará el último. La comunidad se queja de que ocupan lugares públicos y no se puede caminar con tranquilidad. Recordando las representaciones lúdicas de un paciente niño, lo llamaría el «efecto zombi». Los

zombis, las sombras ominosas que salen a la luz, no quedan resguardados en sus refugios-tumbas para que podamos sentirnos seguros. Trabajan de cuidacoches y se muestran. Los vemos, nos aterran. Miro otra noticia de Siria en YouTube. Un niño herido en un bombardeo se encuentra solo, perdido de su familia. En el hospital en donde se encuentra, pregunta con extrema angustia a la enfermera que está a su lado por sus hermanos, que ya no los vio más. «¿Voy a morir, señorita?». Ella, con un tono muy cercano y suave, le transmite que allí estará protegido, que está en un hospital y que lo van a cuidar. A los pocos segundos de haberse filmado ese diálogo, vemos estallar una bomba dentro del hospital. En una nube de polvo se ve a las madres y enfermeras desesperadas tratando de sacar a los bebés de las incubadoras. Al niño no se lo ve más. ¿Amparo imposible? Vuelvo a pensar en el silencio.

Me propuse buscar material desde el psicoanálisis sobre el silencio y me encontré con un interesante artículo de Segal (1985) de casi 40 años, en el que hace un llamado a pensar y no silenciar los efectos de la bomba atómica o de cómo los gobiernos se preparan para la guerra (p. 1327). Plantea que en estas situaciones límite no se trata de los deseos de muerte o el miedo a la muerte propio de lo edípico, sino de la potencialidad de aniquilar al ser humano en un mundo de omnipotencia primitiva donde el terror está asociado a ello.

Sigue el pensamiento de Lifton que sostiene que la aniquilación atómica destruye la posibilidad de la supervivencia simbólica:

En la muerte natural, o incluso en la guerra convencional, los hombres mueren con el convencimiento de sobrevivir simbólicamente en sus hijos, nietos [...] La perspectiva de la muerte en una guerra atómica deja un vacío inimaginable y produce un terror de distinto tipo [...] Confrontados con el terror real de la aniquilación, [recurrimos] a la negación: “no ocurrirá...”. También se hace una regresión [...] que *excluye la empatía, la compasión y la preocupación*. No solo se hace al enemigo infrahumano, sino que se convierte a la gente en números [de víctimas]. Se incrementa *la fragmentación de la responsabilidad* (Segal, 1985, pp. 1327-1328).

Más adelante, Segal (1985) expresa que vivimos en una peculiar combinación de desamparo, terror y omnipotencia y que, confrontados con

el terror de los poderes de la destructividad, nos evadimos de nuestra responsabilidad por medio del mecanismo de la proyección. Se pregunta entonces qué podemos hacer como analistas: «Nosotros psicoanalistas, que creemos en el poder de la palabra y en los efectos terapéuticos de verbalizar la verdad, no debemos permanecer callados» (p. 1335). Dice también: «Si no caemos en el silencio, evitaremos “el auténtico crimen”» (p. 1335).

La imagen del niño sirio vuelve: cómo poder dar la posibilidad de la palabra al pequeño, al desamparo radical y a través de él a los silenciados, sin voz. Pero en este momento solo es posible por medio de su *evocación* (darle voz) y de la posibilidad de hacerlo presente en este congreso. Entonces, ¿cómo *ponerle palabras al silencio*? Desde nuestra disciplina, ¿cómo articularlo metapsicológicamente?

Dejaremos entonces el silencio que aterra, enmudece y paraliza, para considerarlo eje estructural y estructurante, corrimiento que tiene la intención de ubicarlo en otra escena elaborativa. Pensaremos entonces en *dos tipos de silencio*. Aquel que se articula como eje de la simbolización: entre silencio y voz, el interjuego rítmico de lo simbólico, que se constituirá en un llamado al Otro en la medida en que exista el semejante auxiliador que lo escuche como demanda. Y el silencio primordial, que vertebra al sujeto, que refiere al *silencio de la nada* de Heidegger, núcleo central que nos constituye, punto medular de la cura.

EL SILENCIO COMO EL REVERSO DE LA VOZ

Dolar (2007) plantea que el silencio funciona como el negativo de la voz, como su sombra, su reverso y luego como algo que puede evocar la voz en su forma pura. Plantea diferentes tipos de silencio, pero tomaremos uno de ellos:

Un silencio simbólico, silencio que define lo simbólico como tal. Lo simbólico en su mínima expresión es reductible a una alternancia de presencia y ausencia [...] es el ritmo mismo de lo simbólico, su condición interna, y como tal contribuye a los significados como a los fonemas (p. 179).

La oposición entre algo y nada, entre la presencia de un rasgo y su ausencia, en la medida en que todos los rasgos son diferenciales, sugiere considerar a la ausencia como parte de la estructura. El silencio como elemento constituyente de la voz.

En otro trabajo planteamos que cuando el paciente queda sin palabras en el análisis, ruidos apenas audibles, que pueden ser corporales, interjecciones, suspiros, muecas, gestos, serían expresión de la angustia en búsqueda de una estructura, de encontrar un engranaje perdido y de un llamado al Otro:

La voz, incluso “el hilo de voz” sin palabra, mucho antes que la palabra, los ruidos o interjecciones, pueden ser transformados en demanda al ser escuchada por el analista. Las “voces fisiológicas” serán “rudimento” de un llamado, incluso de significación, en la medida que no significan nada, aún. La voz presenta el habla reducida a *rasgo mínimo*, que por serlo ya marca estructura, moldura que hará posible el surgimiento del significante (Filgueira & Nin, 2016).

Los *hollers* (en inglés, grito, chillido), «grito del campo», eran sonidos de una nota que emitían los esclavos en los campos de algodón de Estados Unidos ante su soledad y absoluto desamparo. Solo podían emitir un fonema que golpeaba el silencio. Los entendidos dicen que su transcripción al pentagrama es casi imposible. A veces era solo una nota que se hacía vibrar colocando el dedo índice en la garganta. Más adelante, tuvo fuerte influencia en el origen del blues.

Oh, Oh... I won't be here long
Oh, Oh... dark gonna catch me here...
Dark gonna catch me here.

Oh, Oh... no estaré aquí por mucho tiempo
 Oh, oh... la oscuridad va a atraparme aquí...
 La oscuridad va a atraparme aquí (Grito de campo, 2024).

Este texto fue escrito en 1939 por el artista de blues Thomas Marshall, quien recoge de los *hollers* sus sonidos y los traslada a su música. El ar-

tista pone también palabras a su chillido invocante para intentar acallar aquel dolor que redime en su escucha y en su transformación en cuanto respuesta sublimada.

El grito es el primer señuelo con que el *infans* atrae la mirada del Otro. El grito atañe a lo primario del sujeto en su relación al Otro. En situaciones límite, la angustia podrá ser expresada en un grito extremo de dolor. Cuando no siempre halla respuesta, irrumpe con él en un último intento desesperado de conmover con su llamado. En su punto límite, el grito es un desgarrar de dolor proferido a un Otro. Es el grito *holler*.

Conmovere en latín describe el acto de sacudir violentamente algo, agitar la tierra o poner en marcha un gran movimiento. El grito es un «sonido inarticulado». Podemos decir entonces que a través del grito se pone de manifiesto lo inarticulado del sujeto, lo que no alcanza a articular en discurso. El grito, cuando es escuchado, es esa manifestación esencial que le permite al sujeto inferir sobre el dolor de los otros, de sus semejantes. Freud (1950/1996) lo afirmaba en *Proyecto de psicología*. Cuando ubica al grito en el origen de la constitución del complejo del prójimo, dice:

El prójimo [...] es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir [...] si grita, despertarán el recuerdo del gritar propio y, con ello, de vivencias propias de dolor (pp. 376-377).

Movimiento que lo ensambla al otro auxiliador, dirá Freud (1950/1996), así como lo reconducirá a las vivencias de su propio cuerpo. En el grito, el lactante es idéntico a la necesidad. Lacan (1999) dirá que la madre interpreta al grito «sobre el plano del deseo [...] el Otro va a dar la dimensión de deseo al grito de la necesidad [...] el deseo del niño será el resultado de una interpretación subjetiva en función del deseo maternal, de su propio fantasma». Es la respuesta del Otro que dota al *infans* de los artificios de la palabra. El mismo instrumento que emitía balbuceos, alaridos y gritos servirá, a su vez, a los fines del ejercicio de la palabra.

Cuando la madre se dirige al *infans* y juega al eco (en un ritmo de sonido, silencio y reiteración), solicitándole que pronuncie los primeros

vocablos, se genera un interjuego que da inicio a la vocalización. Esta demanda promueve en el niño la habilitación de la voz para hacerse escuchar en la emergente articulación de la palabra. Es un tiempo instituyente, tiempo de lo invocante, en que la incorporación de la voz hará posible la articulación del deseo, anudado ya indisolublemente a los significantes.

El bebé en sus *laleos* o balbuceos se oye decir. Esto, según Dolar (2007), puede verse como una fórmula elemental del narcisismo que se necesita para producir la forma mínima de un yo. Plantea entonces que oírse precede al reconocimiento de sí en el espejo, lo que Kaja Silverman llamará «espejo acústico». Es el núcleo de la conciencia con anterioridad a cualquier reflejo o reflexión (p. 54).²

Agregaría que no hay voz sin el Otro. El «espejo acústico», concepto que retomo por su particular valor clínico, será posible en un encuentro de voces. Los rudimentarios sonidos serán transformados si existe Otro que se sienta convocado. *Vocare* proviene del sustantivo latino *vox*, convocado a dar voz, don del Otro que provee al niño de la potencialidad de la palabra. En un inicio podrán ser fonemas, rasgos diferenciales, notas, vocalizaciones, tonalidades, pausas, ritmos, tempos, compases, silencios. Por tanto, el silencio estará presente en los avatares propios de la simbolización, en la alternancia de presencia/ausencia, en la particularidad de la diferencia. Será entonces un silencio constituyente.

En el caso de los *hollers*, podríamos pensar este espacio como un *entre*, entre el sonido y el silencio, entre las cadenas y el corte, el fonema y el grito, entre la búsqueda del lazo y el desamparo. El des-garro (sin agarre) en cuanto llamado que en ellos no siempre obtuvo respuesta.

EL SILENCIO PRIMORDIAL

Para Kovadloff (1993), existe en el hombre una necesidad primaria de rehuir la desnudez ontológica. Este autor lo señala como un deseo: «El dejar de estar expuesto, ocasionalmente, a esa intemperie ontológica, tampoco

2 Winnicott (1972) hace referencia al espejamiento visual y acústico como elemento esencial para el narcisismo primario y la formación del Yo.

puede dejar de impugnarla, de rechazarla, de rebelarse contra su predominio» (p. 81). Vamos a citar *in extenso* a Kovadloff para preservar su estilo, su lenguaje. Basándose en los escritos de Heidegger, tomará el concepto de la nada, que luego llamará silencio primordial:

La esencia de esta nada originariamente anonadante es: que lleva, al existir, por vez primera, ante el ente en cuanto tal [...] Existir significa: estar sosteniéndose dentro de la nada. [...] Sin la originaria patencia de la nada ni hay mismidad ni hay libertad (p. 17).

Es este silencio el que nutre la cura y donde asienta su posibilidad de efecto.

Es el silencio de la propia y extrema alteridad, de la *indigencia* radicalizada del yo. Es el silencio vertebrador del sujeto antes que el silencio vertebrado por él. El silencio primordial es, pues, el de una ausencia originaria: la que impide al hombre sentirse totalizado (Kovadloff, 1993, p. 41).

La perspectiva de Kovadloff (1993) apunta al «silencio extremo», que al ser vivenciado en su desnudez, «aniquila tanto la palabra encubridora como el silencio encubridor» (p. 51). Es a partir de allí que el silencio devuelve la palabra al paciente:

Al retornar a la palabra desde el silencio medular, el paciente no se manifiesta como quien anhela entender sino como quien consiste en lo que ha entendido. Instante supremo de la cura [...] al permitir que se reconozca en su básica condición de carente, en lugar de hacerlo mediante la negación de esa carencia (p. 20).

Un dolor de superficie es diferente del dolor íntimo que carece de contenidos biográficos, porque, en cierto sentido, el dolor íntimo es siempre impersonal. Se trata de aquellos momentos donde se accede al dolor de fondo, el del sujeto anonadado que encuentra el dolor primario de ser. En este punto habría una renuncia decisiva: la de una representación abarcadora o exhaustiva. El acto analítico consistiría en «el derrumbe de una

representación plena» construida por el silencio que calla o por la palabra que encubre: «En el estruendo de ese derrumbe consiste el silencio de la cura» (p. 22).

El lenguaje poético de Kovadloff (1993) se condensa luego en un enunciado inequívoco: «Curarse siempre querrá decir hacerse responsable. ¿De qué? Del preguntar como lo huérfano de respuesta. De la existencia asumida como el perpetuo interrogar por el sentido ausente» (p. 55).

RETOMANDO LA PREGUNTA INICIAL

Tomaremos como ejemplo extremo el cuadro de *Edvard Munch, El grito*. Encontramos un efecto paradójico en esta obra. La figura evoca un grito silencioso, nadie lo puede oír, pero es un gesto dado a ver. La boca que marca lo ominoso del mayor desencuentro, del mayor desamparo: es la del gesto dado a ver en una expresión de terror sin posibilidad de respuesta. ¿Qué podríamos hacer frente al cuadro más que repetir la escena? Es un grito no sonoro, es expresión o llamado, pero imposible de obtener respuesta, es un movimiento congelado en un presente que solo permite evocar lo ominoso de un grito sin voz (como sucede a veces en las pesadillas). El cuadro nos enfrenta a la mayor desolación, al silencio que no permite respuesta más que congelar la imagen en el otro que no puede espejarse, en la medida en que es un llamado silenciado.

Lispector (1988) dirá: «Ese silencio [...] es terrible, sin fantasmas [...] está vacío y sin promesas». Por eso la propuesta de este trabajo de darle lugar, voz y discurso al silencio —tomando situaciones del entramado social— a quienes por diferentes circunstancias han padecido el desamparo radical, expulsivo, sin que surgiera una respuesta del otro/Otro social que genere lazo, un amarre discursivo que los ubicara en otro posible marco, otra escena, tomando como soporte nuestra extimidad constitutiva. En particular, reconocer que la exclusión, el odio a lo extraño, extranjero, lo diferente, sería aquella parte interna intolerable que se proyecta en él dándole un cariz de enemigo inasimilable.

Viñar (1998) plantea que para justificar el odio y la exclusión social el discurso social lo deshumaniza, convirtiéndolo en una «amenaza», lo que facilita la violencia simbólica o física. Los *hollers* nos muestran una alter-

nativa diferente porque algunos escucharon sus sonidos y así, la creación, sublimación mediante, ese dolor del alma pudo transformarse en música, elevarlo a la dignidad de la Cosa, diría Lacan (1988, p. 138).

Quizás mi evocación del niño sirio o de los desamparados, representantes de otras tantas situaciones en donde el ser humano queda apoderado por el terror, permita en el reconocimiento de su dolor y de su exterminio, por un lado, y de la potencialidad de destructividad humana, por otro, poner palabras al silencio que enmudece, que nos aterra y paraliza y que va de la mano de la omnipotencia de aquellos que sienten posible el aniquilamiento sin límites.

Psicoanalistas como Marcelo Viñar y Daniel Gil **nos permiten un engarce más, ya que** han profundizado en la concepción de semejante-enemigo como parte de nuestra propia constitución psíquica. Expulsión de lo extranjero versus aceptación del semejante, como dualidad intrínseca en el sujeto, considerando *un aspecto sustancial de nuestra práctica*, pues es *pasible de ser trabajada en el trabajo analítico*, sostén de nuestra ética (Gil, 2015; Viñar, 1998).

Para finalizar, y ya en 2026, agregó —a modo de recuerdo y reconocimiento a nuestro maestro— sus palabras que iluminan y aún mantienen viva la llama de su creación:

¿Cómo se pasa del amor por anexión —que promueve los necesarios vínculos especulares y fusionales— a tolerar la alteración que nos provoca el diferente y al trabajo psíquico de su elaboración, que permite su reconocimiento y legitimación? (Viñar, 2021, p. 197).

Nuestra práctica y reflexión no pueden contentarse o limitarse a la perlaboración de los conflictos internos y del erotismo, debe también acompañar a nuestros pacientes a explorar su condición de ciudadanos, con los recaudos que Freud prescribe en sus nociones de neutralidad y abstinencia, *porque los síntomas y conflictos internos deben tomar en cuenta el marco sociopolítico donde se producen* (p. 200). ♦

REFERENCIAS

- Bion, W. R. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós.
- Dolar, M. (2007). *Una voz y nada más*. Bordes Manantial.
- Filgueira, M., & Nin, C. (2016). Geografía emotiva [Ponencia]. Congreso de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay: El cuerpo, Montevideo, Uruguay.
- Freud, S. (1978). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 105-134). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1996). De guerra y muerte: Temas de actualidad. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 273-302). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1996). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 1, pp. 323-390). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950).
- Gil, D. (2015). *Paco Espínola. La violencia y la piedad. Una contribución al estudio de las mentalidades*. Banda Oriental.
- Grito de campo. (2024, 26 de mayo). En *Wikipedia*. https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Grito_de_campo&oldid=160348465
- Kovadloff, S. (1993). *El silencio primordial*. Emecé.
- Lacan, J. (1988). *El seminario. Libro 7: La ética del psicoanálisis, 1959-1960*. Paidós.
- Lacan, J. (1999). *El seminario. Libro 9: La identificación* [Versión inédita de circulación interna]. Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, J. (2007). *El seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Paidós.
- Lispector, C. (1988). *Silencio*. Grijalbo.
- Segal, H. (1985). El silencio es el auténtico crimen. *Revista de Psicoanálisis*, 42(6), 1323-1335.
- Viñar, M. (1998). *¿Semejante o enemigo? Entre la tolerancia y la exclusión*. Trilce.
- Viñar, M. (2021). YO/otro/OTRO/Semejante-enemigo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 132, 192-200. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/15>
- Winnicott, D. W. (1972). *Realidad y juego*. Gedisa.